

"Cuando muere un espíritu,
nace un hombre.
Cuando muere un hombre,
nace un espíritu."

Novalis.

Centro Naturópata **AMÁN**

Salud Integral y Desarrollo Personal
Homeopatía - Osteopatía - Psicoterapia

Landako Etorbidea 3, 3º izq.

48200 Durango

946810784

C/ Luzarra nº 18, 5 A.

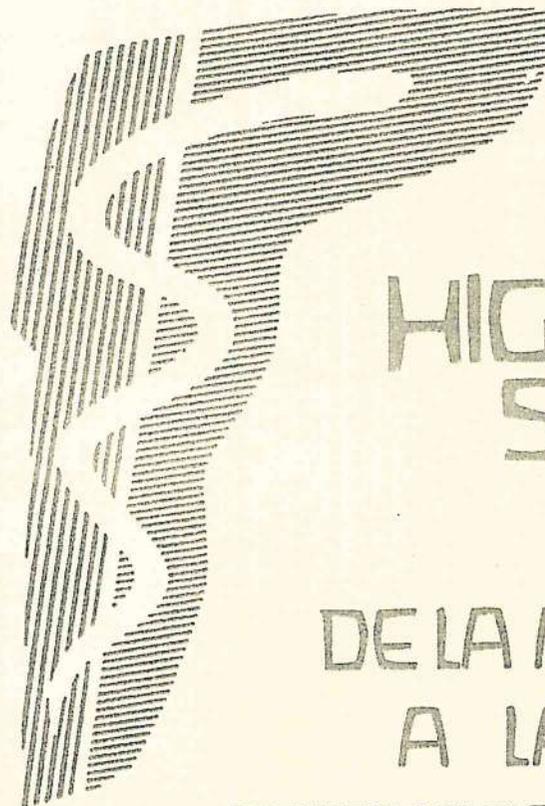
DEUSTO



Amelia Angulo 666487927

Antonio Pérez 607995664 (Logroño: C/ Caridad nº 1, 6º C)

Editorial Rudolf Steiner
Guipuzcoa, 11
28020 Madrid
Telef 253 14 81



HIGIENE SOCIAL

DE LA MUERTE A LA REENCARNACION

Michael Debus

Boletín N° 25

EDITORIAL RUDOLF STEINER

Somos como un caballo sin memoria.
Somos como un caballo
que no se acuerda ya
de la última vaya que ha saltado.
Venimos corriendo y corriendo
por una larga pista
de siglos y obstáculos.
De vez en vez , la muerte ...
¡ el salto!
Y nadie sabe cuántas
veces hemos saltado
para llegar aquí,
ni cuántas saltaremos todavía
para llegar a Dios que está sentado
al final de la carrera ...
esperándonos.
Lloramos y corremos,
corremos y giramos,
vamos de tumbo en tumbo
dando brincos y vueltas
entre pañales y sudarios.

El Salto de León Felipe.

Ahí estaba...

En ese mundo todavía... Viejo y cansado... Esperando a que me llamaran...
Muchas veces he querido escaparme por la puerta maldita y condenada
y siempre un ángel invisible me tocaba en el hombro y me decía severo:
No, no es la hora todavía... hay que esperar...

Y ahí he estado esperando...

con el mismo traje viejo de ayer,
haciendo recuentos y memoria,
haciendo examen de conciencia,
escudriñando agudamente mi vida...

¡Qué desastre!... ¡Ni un talento!... Todo lo perdí.

Sólo mi cuerpo sabía aún sufrir. Esto es lo que me quedaba...

Y mi esperanza se levanta para decir acongojada:

Otra vez lo haré mejor, Señor,

porque... ¿no es cierto que volvemos a nacer?

¿No es cierto que de alguna manera volvemos a nacer?

Creo que Dios nos da siempre otra vida,

otras vidas nuevas,

otros cuerpos con otras herramientas,

con otros instrumentos... Otras cajas sonoras

donde el alma inmortal y viajera se mueva mejor

para ir corrigiendo lentamente,

muy lentamente, a través de los siglos,

nuestros viejos pecados,

nuestros tercos pecados...

para ir eliminando poco a poco

el veneno original de nuestra sangre

que viene de muy lejos.

Corre el tiempo y lo derrumba todo, lo transforma todo.

Sin embargo pasan los siglos y el alma está, en otro sitio...

¡pero está!

Creo que tenemos muchas vidas,

que todas son purgatorios sucesivos,

y que esos purgatorios sucesivos, todos juntos,

constituyen el infierno, el infierno purificador,

al final del cual está la Luz, el Gran Dios, esperándonos.

Ni el infierno... ni el fuego y el dolor son eternos.

Sólo la Luz brilla sin tregua,

diamantina,

infinita,

misericordiosa,

perdurable por los siglos de los siglos...

Ahí está siempre con sus divinos atributos.

Sólo mi cuerpo ayer era incapaz de verla...

este pobre cuerpo que no sabía aún más que sufrir.

LIBROS ANTROPOSOFICOS

Editorial Rudolf Steiner

	s/IVA	c/IVA
El Cristianismo y los Misterios de la Antigüedad.—R. Steiner	849	900
El Enigma del Mal.- A. Schütze	802	850
El Niño y los Cuentos.- Udo de Haes	826	875
La Sabiduría de los Cuentos de Hadas.-R. Steiner y otros	703	745
El Hombre y el Mundo a la luz de Antroposofía.—S.T. Easton	1953	2070
Tierra y Pan.— Kjell Arman	802	850
La Dinámica de lo vivo.- Kjell Arman.	599	635
Calendario de Agricultura Biológico-Dinámico 1988.—M.Thun	599	635
Constelaciones y Agricultura Biológico-Dinámica.—M.Thun	599	635
Boletines de Agricultura Biológico-Dinámica (4 por año)	236	250
¿Cómo se alcanza el Conocimiento de los Mundos Superiores?— R. Steiner	849	900
La Filosofía de la Libertad.— R. Steiner	849	900
Novedades		
Nacimiento e Infancia.— Dr. Zur Linden.	1368	1450
Comentarios al Evangelio de San Juan.— R. Steiner		
Curso sobre Agricultura Biológico-Dinámica.— R. Steiner	1887	2000
Educación hacia la Libertad.— Frans Carlgren		
Evangelio de San Mateo. Profundos secretos de la Historia humana.—R. Steiner		
Higiene Social		
nº 6: El Cáncer.— Enfermedad de nuestra época.— Dres. Rita Leroi, Walther Bühler, A. Leroi.	189	200
nº 7: La Alimentación saludable del lactante.— Dr. U. Renzenbrink.	189	200
nº 8: El Nerviosismo.— No tengo tiempo.— Dres. R. Treichler, W. Bühler, A. Schütze.	260	275
nº 9: Nuestra dentadura, Víctima de la Civilización.— Dr. Lauffer.	189	200
nº11: Música POP.— La Fascinación de la Juventud.— Dr. Oberkogler	189	200
nº12: La Droga y el Origen de la Toxicomanía (núm. doble) Dr. Koob.	260	275
nº14: Antroposofía y medicina.— Dr. W. Bühler	189	200
nº15: Alimentación y Agricultura.— Dr. W. Schumann	189	200
nº16: El Alcoholismo, un problema mundial. (núm. doble) Dres. G. Wolff y W. Bühler.	260	275
nº17: El Sida. Sus Causas y aspectos antroposóficos.— Olaf Koob	189	200
nº18: La Doble evolución del hombre.— Dr. W. Bühler	189	200
nº19: La Escasez del agua.— Theodor Schwenk	189	200
nº20: La Educación del pensar y el cultivo de la memoria en la Autoeducación.— Dr. W. Bühler	260	275
nº21: Euritmia — El arte del movimiento curativo.— Ilse Horny	200	212
(En preparación)		
Reúma.— Dr. Lore Deggeller.	200	212
El Hígado, órgano de nuestra fuerza vital Dr. Otto Wolff.	200	212
Creatividad en la organización social.— Christof Lindau	270	286
Suscripción Boletín Agricultura Biológico-Dinámica 1988-89 s/IVA 849 c/IVA 900; más gastos de envío		
Suscripción Higiene Social — 1988 s/IVA 755 c/IVA 800; más gastos de envío.		
Cuadernos de Antroposofía (Reproducción Offset)		
Naturaleza y espíritu.— Büchenbacher	283	300
Evolución Ascendente y Antropogénesis.— Kipp	283	300
El conocimiento como vivencia.— Gardner	330	350
Rudolf Steiner, científico del espíritu y Maestro.— Wannemaker.	283	300
El amor y su significado.— R. Steiner.	377	400
Acerca de la Astrología.— H. Poppelmann.	377	400
El Color y el alma humana.— G. Mayer.	377	400

DE LA MUERTE A LA REENCARNACION

Michael Debus

Boletín N' 25

EDITORIAL RUDOLF STEINER

Tras la pared
ha sonado su voz.
Solo una pared separa
el cielo del mundo.
¡Pero que terrible!
Todos están hay al lado
y no nos podemos ver.

Juan Ramón Jiménez.

Título original: Vom Tod zur Wiederverkörperung.
Die Frage der Identität.

Traducción: Georgina Belenguer

© 1980 Verlag Urachhaus
Stuttgart

© 1989 Editorial Rudolf Steiner, Madrid

Reservados todos los derechos para España y países
de lengua española.

Depósito Legal: M-9168-89

I.S.B.N.: 84-85370-58-9

Imprime: La Idea, c/ Salitre, 15 - Madrid

Miro hacia ti
en el mundo espiritual
en el que te hayas.
Pueda mi amor mitigar tu calor
y mitigar tu frío.
Pueda llegar hasta ti y ayudarte
a encontrar el camino
desde la oscuridad
hasta la luz del espíritu.

Rudolf Steiner.

ORACION
POR UNA PERSONA MUERTA

**i Espiritu de su alma,
Guardián poderoso !
Que tus alas quieran llevar,
el amor suplicante de mi corazón
al ser humano ... que en las esferas
ha sido confiado a tu custodia;
para que, unido a tu fuerza,
mi súplica pueda irradiar ayudando
al alma que busca en amor.**

Rudolf Steiner.

CONFERENCIA DE MICHAEL DEBUS

Michael Debus estudió en Tübingen y Erlangen Matemáticas, Física y Filosofía. Después de estudiar Teología se hizo Sacerdote de la Comunidad de Cristianos en Stuttgart. Trabaja actualmente en el Seminario de la Comunidad de Cristianos.

Rudolf Steiner: "Cuando un ser humano ha pasado el umbral y mira hacia atrás , hacia su muerte. Se da cuenta que es la experiencia más bella que existe en el Cosmos. Es la experiencia más bella, más preciosa que acontece en el Cosmos. Por que mirar hacia la entrada del mundo espiritual es lo más grande, lo más maravilloso. Nos aliviarnos ante la muerte sabiendo que la Sabiduría Cósmica nos ha quitado tanto, en la hora justa, porque lo necesita en otros sitios".

¿Cómo, muerte, tenerte miedo?
¿No estás aquí conmigo, trabajando?
¿No te toco en mis ojos;
no me dices que no sabes de nada,
que eres hueca, inocente y pacífica?
¿No gozas, conmigo, todo: gloria,
soledad, amor, hasta tus tuétanos?
¿No me estás aguantando,
muerte, de pie, la vida?
¿No te traigo y te llevo, ciega,
como tu lazarillo?
¿No repites con tu boca pasiva
lo que quiero que digas?
¿No soportas, esclava,
la bondad con que te obligo?
¿Qué verás, que dirás,
adónde irás sin mí?
¿No seré yo, muerte, tu muerte,
a quien tú, muerte,
debes temer, mimar, amar?

Juan Ramón Jiménez.

conciencia, cuya experiencia mencionaba Pablo: "Cristo vive en mí", madura en el ser humano lo que puede también permanecer en la muerte y así "resucitar".

El camino del hombre a través de las diferentes encarnaciones recibe con el cristianismo, del que parecían partir primeramente objeciones, un nuevo sentido. El ser humano puede, como pudo Pablo primero, en un acto de la más profunda experiencia religiosa a través del contacto con Cristo, participar de la fuerza de la conciencia moral, de la fuerza, por tanto, que lo lleva a través de la muerte a una nueva encarnación. Así comienza a "morir" ya durante la vida, anticipando la transformación por la muerte. De esta forma se le quita a la muerte la "espinas". Se hace claro el sentido de la reencarnación. Este se alcanza cuando el ser humano llega a ser "igual a sí mismo" y puede prevalecer ante su conciencia. En el "Juicio Final" contempla la cristiandad la sentencia de la conciencia moral. En esta meta de la humanidad se completa también la evolución por reencarnación de cada ser humano individual.

Ya no seré yo muerte
Hasta que tu te unas con mi vida
Hasta que mi mitad de luz se cierne
Con mi mitad de sombra
Unas veces mi medio yo radiante
Otras veces mi medio yo
Hasta que tu mi bella muerte
Vistas mi vida de huesos.
Eternidad hallara en ambas
Corazón da lo mismo muere o canta.

Juan Ramón Jiménez.

hace de su Yo en un primer momento un No—Yo, es el que porta al mismo tiempo su auténtica identidad a través de la transformación: el Yo vive. Esta segunda experiencia sucede a la experiencia de la muerte como al otro lado del abismo, y Pablo la describe así: "Vivo, pero ya no yo, pues es Cristo el que vive en mí".

Así experimenta el ser humano en la actuación de la conciencia moral el misterio de la muerte y la resurrección. La conciencia moral lleva al hombre —contemplando, comprendiendo, determinándose— de una identificación a otra. Si las identificaciones se diferencian mucho, el hombre se hace por el acto de conciencia muy "otro". En nuestro ejemplo eso significa: si el airado no puede ser reconocido en aquél que se disculpa, es que aún hay poco en esta situación que pueda "resucitar" en la nueva identificación. El futuro del ser humano se halla allí donde éste vive siempre con "presencia de conciencia" mayor y puede entonces permanecer cada vez más igual a sí mismo en los actos de conciencia. Podemos incluso ir más lejos e incluir en el pensamiento las identificaciones de distintas encarnaciones de un ser humano. (Estas, contrariamente a lo que podría concluirse de las numerosas y a menudo extrañas publicaciones de los últimos tiempos sobre este tema, están separadas una de la otra por grandes períodos de tiempo de muchos siglos, llegando en general al milenio). Diremos entonces que el ser humano también será más parecido como reencarnado, cuando atraviere su vida la presencia-de-conciencia y le sean propias experiencias internas de muerte. La muerte comienza a cambiar su rostro para el hombre y se hace menos temible, cuanto más parecido a sí mismo permanezca el ser humano en la muerte y cuanto más esté la muerte ya incluida en la vida por la actuación de la conciencia moral. En la presencia-de-

La muerte es para nosotros un suceso oscuro, es penoso pensar en ella, y tendemos a verla sólo como el hecho inmutable que debemos aprender a aceptar. Pero detrás de todas las esperanzas e inquietudes que giran en torno a la muerte, se agita también una gran cuestión, planteada medio consciente, medio inconsciente: ¿Por qué debe morir el ser humano en absoluto? Quien haga esta pregunta a la ciencia, no recibirá una respuesta clara. Hasta ahora en biología y medicina no se ha resuelto por completo el enigma de cómo es que el ser humano, que los seres vivos superiores, han de morir. Precisamente por lo que concierne a los procesos biológicos, sería por completo pensable, que hubiera en el organismo humano una vida "eterna". Sin embargo existe el envejecimiento. Podemos esperar de la ciencia, que sea capaz en un momento dado de explicar los procesos de envejecimiento efectivos como necesarios. Falta, no obstante, una auténtica evidencia de esta necesidad.

La vejez y la muerte pueden también ser cuestionadas religiosamente. Clara y distintamente se nombra en el cristianismo la causa de la muerte, lo que en una primera contemplación, puede destacarse como una respuesta demasiado sencilla. En la Carta del Apóstol Pablo a los romanos se encuentra la frase: "La muerte es la paga del pecado". La muerte es así un efecto del pecado. Pero con ello el enigma parece haber sido "resuelto" sólo con uno nuevo. Pues, ¿qué es "pecado"? También aquí, la pregunta ¿"Por qué debe morir el hombre"? nos lleva primeramente a campos difícilmente aprehensibles.

La pregunta planteada en forma completamente distinta, puede ayudarnos: ¿Qué aspecto tendría el mundo, si no existiera la muerte y los hombres no muriesen? ¡Intenten imaginárselo por un momento! Pro-

bablemente todos llegan a una sensación similar: el obrar de la muerte no es solamente doloroso, también libera. Pues cada hombre "ocupa" en la vida un determinado lugar, y la vida quedaría detenida si no se desocuparan también continuamente sitios. A menudo es doloroso, incluso trágico, cuando un ser humano capaz y apreciado por todos, deja con la muerte libre un lugar, para el que entonces aparentemente no hay disponible otro hombre similarmente cualificado. No obstante, también experimentamos, cómo cada hombre tiene su círculo vital, sus personales capacidades y posibilidades, con las que, sin embargo, van siempre también ligadas ciertas parcialidades. No hay ningún hombre que no sea más o menos unilateral; eso lo hace interesante, le da el color a su personalidad, es lo especial, lo apreciable, lo problemático en él, en cualquier caso, lo que trae movimiento a las relaciones humanas. Es bueno, cuando las unilateralidades pueden ser realizadas con sentido, pero también es bueno, cuando hallan a su vez el relevo. Tenemos otras capacidades que nuestros predecesores, pero también estamos condicionados a que sucesores, de distinta constitución a su vez, suplan alguna vez nuestras unilateralidades. Al sentir así, se pone de manifiesto toda la contradicción de nuestra relación con la muerte. Por una parte, tememos la muerte y nos sentimos continuamente amenazados por ella en nuestra completa existencia, por otra parte, también tenemos que contemplarla como benefactora, pues cuida continuamente de la compensación en lo social, a través del necesario relevo.

Pero, ¿cómo se manifiesta esta cuestión sobre la muerte, si partimos del pensamiento de la reencarnación del hombre? ¿Cómo es entonces, si el hombre no vive sólo una vez? El que no esté ya familiarizado con

del hombre reencarnado, ha quedado invalidada por los pensamientos precedentes. Ser "otro por completo", como lo suponemos después de una reencarnación, no significa que el ser humano pierda su relación con el pasado (es decir, su identidad); lo que no vive en el recuerdo, actúa en las capacidades que uno trae consigo. El ser "otro por completo" señala más bien, que una antigua identificación ha sido liberada previamente por la conciencia moral, que (además del miedo) también libera en la vida ordinaria, llevando a una nueva identificación y transformando así al hombre. Pero a través de la transformación por la conciencia moral, la cuál se lleva a cabo por completo bajo el signo del cristianismo, el ser humano permanece siendo él mismo. Su auténtica identidad es portada y preservada. Pablo, en el que tuvo lugar el acontecimiento conciencial originario, dio testimonio en claro reconocimiento de ello. Primeramente menciona la experiencia que lleva a cabo todo aquél que se libera de una identificación. Hemos hablado de que la muerte es el desprendimiento de una identificación (con el cuerpo). En sentido contrario, podemos decir que tal desprendimiento es también una muerte. Así pues, la conciencia moral lleva al hombre, y aunque ello se produzca tan sólo de una forma inicial, a una experiencia de muerte. Al mencionar Pablo a Cristo en relación con la conciencia moral, expresa esta primera experiencia (Gal. 2, 19): "Estoy crucificado con Cristo". Pero Pablo sabe también referirnos además lo que lleva al hombre sobre el abismo de la total transformación, lo que lo convierte en "otro por completo" dejándolo, sin embargo, permanecer él mismo. La misma fuerza, o para hablar con Pablo más concretamente, el mismo Ser, que hace que el hombre experimente una muerte en su conciencia y, por medio del desprendimiento de la identificación,

tal del olvido. Ello muestra el carácter básico de la vida que les aguarda). Posteriormente en la vida tenemos entonces la tendencia de hacer ésto o lo otro y así realizamos inconscientemente nuestras propias determinaciones como nuestro destino. Pero al haber olvidado, podemos también sentirnos libres en la forma de enfrentar nuestro destino. Somos libres de buscar en él conscientemente la dirección que se halle en el camino de nuestras determinaciones prenatales. Entonces seguimos nuestra conciencia moral, es decir, a nosotros mismos. Pero en nuestra vida podemos hacer valer cualquier otro motivo. Nuestra satisfacción momentánea no será señal de la dirección emprendida, sólo en la contemplación desde la distancia podremos reconocer si nuestra vida está llena de sentido.

Cuando pensamos así sobre la reencarnación como un efecto de la conciencia moral, que nos hace volver a nosotros mismos en la muerte, para llevarnos después, pasando por la contemplación y la comprensión, a la determinación de una nueva encarnación, no se harán las objeciones que mencionábamos al principio. No se dirá que con el pensamiento de la reencarnación disminuiría la importancia de la responsabilidad humana, al tenerse indulgencia con los propios extravíos con la perspectiva de una vida posterior. Así como en la vida cotidiana no se podría sin cinismo ofender a una persona simplemente a la vista de una futura disculpa, así tampoco puede valorarse menos la responsabilidad por la propia conducta en la vida a la vista de una futura encarnación. Precisamente cuando se es consciente, de que la fuerza de la conciencia moral lleva al ser humano, a través de la muerte, a la reencarnación, se sabe también, que el hombre es en todo momento de su vida responsable ante su conciencia.

La otra objeción, la de la duda sobre la identidad

este pensamiento, el que lo oiga y piense por primera vez, tendrá quizás diversos sentimientos espontáneos de sorpresa, incluso de extrañeza. ¿Qué significa entonces la muerte, este acontecimiento único, radical, desafiante en la vida humana? ¿No pierde importancia la muerte si el hombre no muere de una vez por todas, sino que una y otra vez atraviesa de nuevo una muerte? ¿Qué se hace de nuestra responsabilidad? Pues nos sentimos responsables de la vida que llevamos; sentimos también que debemos dar cuenta de nuestra vida. Presentimos que la muerte alguna vez nos exigirá esta cuenta. ¿Qué pasa entonces, si no vivimos sólo una vez? Entonces podríamos desde luego compensar las faltas de esta vida en una próxima vida. Todo podría tomarse más a la ligera, puesto que nuestra responsabilidad sería más difusa. Parece que la vida tendería para nosotros un menor grado de obligatoriedad. Se plantea otra pregunta: ¿qué pasa con la identidad del hombre en la reencarnación? Piensen cuánto se relaciona la identidad con nuestro cuerpo. Lo que en Alemania se llama "Cédula personal", en Francia e Inglaterra es denominado "Carta de Identidad". Como se sabe, ahí están anotados el color de los ojos, la altura y el sexo, fecha y lugar de nacimiento y otras cosas. Pero ¿qué podría figurar en la "Carta de Identidad" de un hombre reencarnado? La fecha de nacimiento ya no sería correcta, probablemente tampoco el lugar de nacimiento, ni el sexo o la altura, probablemente ninguno de los datos de la antigua "identidad". ¿Es ese aún el mismo hombre? Si le preguntan, no recordará ninguna otra existencia. En tales circunstancias, parece tener tan sólo un valor teórico el hablar del "mismo" hombre, si su antigua identidad no puede ser ni recordada por él mismo, ni reconocida por otras personas.

Con el pensamiento de la reencarnación del hombre, surgen así, en primer lugar, las más serias preguntas sobre la importancia de su responsabilidad en la vida, como también sobre su identidad. Estas preguntas, sin embargo, tocan profundamente la esencia del Cristianismo. La identidad del Yo pertenece a los misterios cristianos centrales. Cuando el joven le pregunta a Cristo: ¿"Qué debo hacer para heredar la vida eterna?" (Mc. 10, 17), está preguntando sobre la perduración de su identidad en el futuro. También la palabra de Cristo "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá en la eternidad". (Jn. 11, 25ss.) habla del misterio del Yo humano y de su identidad. Así como la identidad, la responsabilidad pertenece también a los fundamentos de la experiencia cristiana del mundo. "Ya no os llamo siervos, pues un siervo no sabe qué hace su señor; sino que os he llamado amigos". (Jn. 15, 15). En esta palabra de Cristo se atribuye, se exige, al hombre la responsabilidad de sí mismo. Esta responsabilidad es seria. Así pues, cuando el pensamiento de la reencarnación nos lleva a ver la identidad y responsabilidad del hombre puestas en cuestión, nos hallamos con este sentimiento completamente en el terreno de la sensibilidad cristiana.

Desde aquí, queremos examinar más de cerca la pregunta sobre la identidad del hombre. ¿Qué es pues lo que nos da el sentido de identidad de nuestra vida cotidiana? ¿Qué hace que nos vivamos hoy como la misma persona que eramos ayer, hace una semana o hace cinco años? Probablemente, no somos en absoluto parecidos a hace cinco años, porque hemos cambiado y nos hemos transformado. Sin embargo, no dudamos que seamos el mismo. Esta seguridad la obtenemos de la relación consciente con nuestro pasado a

da a ser dirigida hacia el futuro. Las dificultades que tuvimos que contemplar primeramente, se transforman en la comprensión de posibilidades de un futuro nuevo.

Con ello el hombre alcanza la tercera etapa. De la comprensión nace la determinación hacia una nueva identificación. Así como el airado, después de haberse liberado de la ira y transformado en alguien muy distinto, se siente instado al acto reparador, así el ser humano en la tercera fase de la vida después de la muerte —aunque ahora deberíamos decir: en la última fase de la vida antes del nacimiento— se siente instado a una nueva identificación con otro cuerpo por completo diferente. Esa es la gran determinación, que lleva ahora el nacimiento, la última forma de aquella actuación existencial de la conciencia moral, que hizo morir al ser humano.

El airado, cuando ha tomado la decisión de reparar la ofensa al otro, debe aún primeramente reflexionar sobre cómo llevar a cabo correctamente su determinación. Así también, la decisión del ser humano de nacer tiene que ser diferenciada, en el proyecto de una biografía, en muchas determinaciones. Con estas determinaciones biográficas no sólo nace el hombre, sino que también se sumerge en un profundo olvido. No sabemos ya nada de nuestras determinaciones, que nos llevaron al nacimiento y a esta vida. ¿Son estas determinaciones por ello inefectivas? Se han transformado a través del olvido. Como vimos en el ejemplo del atarse los zapatos, hay capacidades que se forman a partir de aquello que hemos olvidado. Así traemos a la vida terrena nuestras determinaciones de antes del nacimiento, a través de la puerta del olvido, como capacidades y predisposiciones. (En el cuento de la doncella de oro y la doncella de pez, una es cubierta de oro, es decir sabiduría, la otra sin embargo con pez, en el por-

mo en la propia alma, los efectos de sus actos. Esta experiencia es, como toda actividad de la conciencia moral en un primer momento, dolorosa, especialmente cuando no hemos ido ya durante la vida sometiendo una y otra vez nuestra forma de vivir al control de la conciencia moral. Como hombres encarnados podemos ocultar mucho también a nuestra propia mirada, después de la muerte ya no es posible esta indulgencia, entonces vemos la vida que hemos vivido en realidad. Se nos imponen entonces preguntas. Hemos tenido determinados impulsos al comenzar nuestra vida, hemos tenido metas. ¿Las hemos alcanzado? ¿Dónde nos hemos quedado rezagados respecto a la meta? ¿Dónde nos hemos desviado por caminos que necesitan ahora corrección? El contenido de nuestra vida va apareciendo gradualmente, lo que vemos comienza a sernos comprensible. La segunda fase de la vida después de la muerte es la comprensión.

Mucho comienza ahora a hacerse claro al hombre. Si en la primera fase de la existencia postmortem ha debido contemplar su vida, con todas las dificultades, con sus errores e imperfecciones, ahora que comienza a comprender, éstas se le hacen soportables. También en la vida ordinaria se nos hacen más fáciles de soportar las dificultades, por ejemplo las que experimentamos con otras personas, cuando las comprendemos. Al empezar a comprendernos a nosotros mismos después de la muerte, la retrospectiva comienza a transformarse de forma aclaradora en una prospectiva. Subsiste aquello que de los propios impulsos ha llegado a la meta, y el hombre puede ahora vincularlo definitivamente con su ser. Es como un "olvido" que añade a su ser nueva riqueza. Pero lo que no ha llegado a la meta y ha permanecido imperfecto, necesita ser compensado y completado. Ahí comienza la mira-

través de la capacidad recordatoria. Sea lo que sea de lo que nos acordemos, nos acordamos siempre al mismo tiempo de nosotros mismos y experimentamos así nuestra identidad. Pero hay sucesos en los que el ser humano pierde la memoria. A menudo ocurre ésto en accidentes de tráfico, en los cuáles la víctima ha sufrido un shock y hay horas o días que ya no puede recordar, tampoco aquellos momentos antes del shock. También puede ocurrir que toda la capacidad recordatoria, todo el pasado, se pierda. El escritor Jean Anouilh escribió una obra de teatro, que tiene este problema como contenido. Lleva por título "El viajero sin equipaje". El "Equipaje es el recuerdo del "viajero". Este vuelve de la guerra y ya no sabe nada sobre sí mismo, tampoco se acuerda ya de las vivencias o de los vínculos personales contraídos. Imagínense por un momento: ya no saben como se llaman, ni de donde vienen, si están casados, si tal vez tienen hijos, no saben a dónde pertenecen, lo que han aprendido; todo se les ha ido. Si esta persona determinada es, como todos dicen, realmente la esposa y aquella otra un buen amigo —no lo pueden juzgar. Anouilh describe tales escenas. A este "viajero" le falta su identidad, ésta está como borrada, y él tiene que empezar ahora absolutamente desde el principio. Un estado terrible. Sin relación con su pasado, el ser humano no puede realmente experimentar como un yo.

Sin embargo, esta relación también puede darse aunque lo pasado no pueda ya ser recordado. El que, por ejemplo, preste atención a la actividad que realiza, cuando se ata los zapatos por la mañana, puede llegar a asombrarse de lo complicado de los movimientos. Estos movimientos hemos tenido que aprenderlos todos alguna vez, una tarea de ningún modo fácil. El educador que tiene que enseñar a atarse los zapa-

tos a un niño de quizás cinco o seis años, se servirá agradecido de ciertos versitos rítmicos, en los que, de algún modo, se alumbren y hagan comprensibles a la conciencia infantil los complicados movimientos. El proceso de aprendizaje avanza entonces en la medida en que los movimientos realizados conscientemente partiendo del recuerdo, se lleven a cabo cada vez más inconscientemente, cada vez más "por sí solos". Se produce una habilidad. Pero, como el recuerdo, también toda habilidad nos vincula con el pasado, sólo que el recuerdo se ha "perdido dentro" de la habilidad y se ha hecho inconsciente. No podemos por tanto recordarlo todo, parte se ha sumergido y convertido en habilidad. En ambas formas tenemos una relación con nuestro pasado. En el recuerdo subsiste esta relación conscientemente, en la habilidad inconscientemente. Por lo tanto, la identidad de un ser humano no depende sólo de su capacidad recordatoria.

Sería pensable que alguien "identificase" a nuestro "viajero sin equipaje" claramente, por su forma de andar, su mímica y sus gestos, sus formas típicas de reaccionar, que lo reconociera por todo aquello que en este viajero se ha convertido en habilidad y hecho inconsciente y que, sin embargo, lo vincula con su pasado. A causa de la capacidad recordatoria perdida, para su conciencia ha perdido aparentemente el viajero su identidad, pero ésta se conserva en realidad en sus facultades, y es reconocible por otras personas, cuya vista sea capaz de ello. Incluso para él mismo no está cerrado completamente el camino del recuerdo desde la habilidad a la conciencia. Cuando hemos olvidado algo, cuando se nos ha ido y, por tanto, hecho inconsciente, intentamos, a menudo con éxito, estimular la capacidad recordatoria liberando primeramente a nuestra conciencia de la presión por recordar, para enton-

nuestro sentimiento vital y nuestras posibilidades de vida; a ello se añaden los talentos y capacidades de todo tipo, que se hallan ligadas al cuerpo y que marcan en tantos sentidos. Pero también esta parcialidad, a la que nos lleva nuestra identificación con el cuerpo, nos ofrece una oportunidad de desarrollo. Sólo que tenemos que poder liberarnos de nuevo, el cuerpo no debe convertirse en una "idea fija" para nosotros.

Cuando nos desprendemos de nuestra identificación con el cuerpo, morimos. ¿Qué fuerza produce este desprendimiento? ¿No deberíamos mencionar aquí la fuerza en el ser humano, que lo libera continuamente también de sus otras identificaciones llevándolo a nuevas?

Entonces tendríamos que hablar de la conciencia moral y formular una afirmación singular: ¡La muerte es la más potente actividad de la conciencia moral del hombre, mediante la muerte la conciencia moral hace que el ser humano retorne de nuevo completamente a sí mismo!

Al hablar ahora de la muerte como un movimiento de la conciencia moral del hombre y haber dicho de la actividad de la misma que se realiza en tres etapas, contemplación, comprensión, determinación, podemos acercarnos tentativamente a las experiencias que atraviesa el ser humano en la muerte. Para él una primera experiencia será la contemplación. Así como en la vida la conciencia moral, mirando retrospectivamente, hace que un acto aparezca claro, pero no sólo en su forma externa, sino en relación con intenciones y efectos, así el hombre contempla después de la muerte toda su vida por entero, como el resultado de los propios actos y actuaciones. Sus intenciones más profundas se hallan ante su vista, pero también percibe, co-

ner cada vez más "presencia de conciencia moral". Entonces el objetivo sería, que la identificación, la determinación, a la que nos lleva la conciencia moral, acabe siendo cada vez más parecida a la identificación de la que nos ha liberado. El encolerizado sin dominio propio es aún muy poco parecido a aquél que se disculpa; el perseguidor de cristianos Saulo es otro muy distinto del Apóstol de Cristo Pablo. Pero el que va por el camino de la conciencia moral, se hará en sus actuaciones cada vez más similar a sí mismo, será cada vez más él mismo en su quehacer. Así pues el camino de la conciencia moral es, en el mejor sentido de la palabra, el camino de la auténtica autorrealización.

El más potente y coactivo objeto de identificación que existe para el ser humano, es su cuerpo. Como hemos visto, parece que sea él el que precisamente da al hombre su identidad. No somos nuestro cuerpo, pero no hay nada en el mundo con lo que estemos más estrechamente vinculados que con nuestro cuerpo. Ya en la vida social habitual surge un fuerte vínculo con las personas con las que tenemos un pasado común largo e importante. La pérdida de una persona cercana a nosotros en esta forma, puede suponernos una verdadera amenaza existencial. Pero con nuestro cuerpo compartimos enteramente todo nuestro pasado. No hay ninguna vivencia —por lo menos para la conciencia habitual— recordable, que no sea al mismo tiempo una vivencia con el cuerpo. Estamos tan vinculados con nuestro cuerpo, que no podemos imaginarnos una existencia sin él. Sin embargo, tenemos que repetir de nuevo: no somos nuestro cuerpo. El ser humano se hace incluso, como con toda identificación así especialmente con la identificación con el cuerpo, extraordinariamente parcial. Ya el que el cuerpo sea femenino o masculino produce una profunda unilateralidad en

ces, partiendo del movimiento, como el caminar rítmicamente arriba y abajo, es decir, partiendo del campo inconsciente de las capacidades, dejar subir las imágenes de los recuerdos. Por tanto, sería perfectamente imaginable, que el viajero, partiendo de sus capacidades y procediendo en la forma adecuada, consiguiese paulatinamente su "equipaje" y se le hiciera así de nuevo consciente su identidad en la medida en que ésta reposa sobre el pasado.

Pero la identidad del ser humano no reposa sólo —conscientemente o inconscientemente— sobre el pasado. También se realiza en una forma que nos es más difícil de reconocer y comprender. Se construye cuando nos "identificamos" con algo distinto de lo que nosotros mismos somos. Cuanto más a fondo y sin reservas hacemos esto, tanto más clara se hace nuestra identidad, tanto más decididamente aparecemos como personalidad. Imagínense al joven que llega a casa entusiasmado por una idea y sabe que por esa idea va a trabajar sin descanso de ahora en adelante. Quizás esa idea no le guste especialmente al adulto, pero —por lo general— no tiene objeto hablar sobre ello. Como se afirma, a menudo algo exageradamente, el joven está totalmente "poseído" por esa idea. De repente, otras cosas pierden su valor, ya sólo su idea significa algo para él, se ha identificado completamente con ella. La idea se convierte en su yo, y su yo es la idea. ¿Cuál es la consecuencia? El joven se ha transformado, aparece más consciente de sí mismo, más seguro, más claro en su actuación, tiene menos dudas, menos escrúpulos, en resumen la irradiación de su yo ha crecido, ¡un estado magnífico! El adulto hará bien en reconocerlo y respetarlo. Pero esta vivencia de la identificación, que puede aparecer en el joven como algo tan simpático y grandioso, tiene en cada edad su sig-

nificado fundamentalmente positivo, si bien en edades posteriores de la vida aparece a menudo en una forma estrecha y desfigurada. Así, uno podría muy bien identificarse con su posición social y obtener una seguridad interior de esta identificación. Lo que "se" tiene que hacer o no hacer, adquiere importancia, y el cumplimiento de las normas establecidas, podría despertar incluso el sentimiento de hallarse protegido dentro del orden social. Este orden da al hombre su identidad y la base de su sentimiento de sí. (Sin embargo, esta base es tan insegura como el orden social mismo en nuestro siglo, causa de que se haya ido propagando una y otra vez la inseguridad en amplios círculos humanos, debido a los acontecimientos históricos). Otro objeto importante de identificación es la propiedad. Grandes posesiones pueden proporcionar al propietario un especial sentimiento de sí. Por el contrario, pérdidas radicales de las posesiones, por las que han sido señalados muchos destinos en los acontecimientos de la última guerra mundial, han de entenderse también como una gran exigencia y desafío a la fuerza yoica de la víctima. Pero no sólo con la propiedad, también con lo contrario, la carencia de posesiones, puede uno identificarse. Hay naturalezas ascéticas, para las cuáles la pobreza que viven es el fundamento de su sentimiento de sí; pero el yo aquí tampoco es realmente libre, sino que vive de una identificación. Estamos fácilmente predispuestos a identificarnos con la salud corporal. Quien nunca está enfermo, necesita dormir poco, soporta grandes esfuerzos, continúa estando fresco, cuando ya los demás están agotados, puede desarrollar a partir de esta seguridad, un fuerte sentimiento de sí. Pero, también aquí, es perfectamente posible lo contrario: la enfermedad puede ser igualmente un fuerte objeto de identidad. El ser humano comien-

desprenderse de su fanatismo persecutorio. Es liberado y en él pueden madurar nuevas determinaciones. Así pues, la voz habla por tercera vez, alumbrando una primera determinación en Saulo: "Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer". Saulo es llevado desde la contemplación, pasando por la comprensión, hasta la decisión, son las fases de la conciencia moral. El va a Damasco como otro hombre. Su más profundo interior está transformado. El perseguidor de cristianos se convierte en el Apóstol de Cristo, Saulo en Pablo. Así puede hablar más tarde del "viejo" y del "nuevo" Adán. Se ha desprendido del viejo y vinculado con el nuevo mediante el primer acontecimiento producido en la humanidad por la conciencia moral, el cuál se halla al principio del cristianismo y procede del propio Cristo.

¿Adónde lleva este camino de la conciencia moral? La persona airada que contempla y comienza a comprender, poco a poco vuelve "en sí". Pues anteriormente estaba "fuera de sí". La sabiduría del lenguaje desvela aquí un secreto del yo humano. A menudo actuamos partiendo exclusivamente de una identificación, y entonces no estamos realmente en nosotros mismos. Más tarde, tenemos que descubrir que hemos hecho algo determinado que en verdad no queríamos. Hasta que no volvemos a estar en nosotros, no podemos ver ésto. Pero el que podamos volver a nosotros y reflexionar sobre nosotros mismos, hemos de agradecerlo a la conciencia moral en nosotros. Ella es también la que nos lleva a una nueva decisión, que ahora sí que es realmente la nuestra propia. De la ira que fue demasiado lejos, proviene la voluntad de disculparse; con ello nos encontramos en un camino. En nuestro quehacer y actuar perseguimos estar cada vez más en nosotros mismos, podríamos decir también: te-

la persona airada, al actuar en ella la fuerza de la conciencia moral, nos viene al encuentro totalmente transformada, como siendo por completo "otra". Ha obtenido una nueva "identidad" por medio de la conciencia moral. Al hombre menor de edad es el miedo el que le da la identidad. Necesita la ley que lo guíe. Pero la verdadera fuerza de identidad del ser humano es la conciencia moral. En libertad, ella lo desprende y lo vincula de nuevo.

La conciencia moral es una fuerza que está relacionada íntimamente con los hechos del cristianismo. Es en la era cristiana que se dan por primera vez los auténticos grandes acontecimientos producidos por la conciencia moral en la humanidad (la mayoría de las veces mal interpretados y por ello denominados "vivencias de conversión"). El comienzo de estos acontecimientos se halla en el destino del Apóstol Pablo. (No es por casualidad que en sus Epístolas juega un papel tan grande la palabra "conciencia", que sólo aparece una vez en los cuatro Evangelios juntos). Pues se llamaba originalmente Saulo y era, como fariseo instruido, un fanático perseguidor de cristianos; podríamos decir también que se había identificado completamente con la persecución de cristianos. Entonces se le depara una experiencia que lo transforma. Viajando a Damasco provisto de nuevos poderes de persecución, tiene poco antes de llegar a su destino una sublime vivencia interna de luz, procedente de la cuál percibe una voz en forma de pregunta: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Saulo se detiene, y no podemos sino pensar que su vida hasta el momento se le presenta a la contemplación interna. De ahí le surge la pregunta: "¿Quién eres, Señor?" Y ahora la voz le guía a la comprensión: "Yo soy Jesús, a quién tu persigues". Pero con esta comprensión Saulo ha comenzado ya a

za entonces, en cierto grado, a vivir internamente de su enfermedad. ¡La mayor desgracia para el "enfermo imaginario" (también en la obra del mismo nombre de Molière) sería su curación!

Podrían mencionarse muchos otros ejemplos y se haría cada vez más claro: el ser humano puede identificarse con cualquier cosa y hacerla fundamento de su sentimiento de sí y de su identidad. Toda identificación nos hace unilaterales, pero nos proporciona también una vivencia del yo, y en ello reside su significado. Las identificaciones pueden hacernos avanzar interiormente un paso, pero entonces han cumplido ya su objetivo. Puede tener un sentido vivir una parte de la propia biografía totalmente bajo el signo de una enfermedad; pero hay que ser capaz de volver a ser libre de nuevo, aún cuando la enfermedad no se haya curado todavía. También puede ser importante, vivirse alguna vez completamente como propietario, o para el joven puede ser necesario para su camino interno, adscribirse radicalmente a una idea determinada. Una identificación es sólo entonces problemática, incluso patológica, cuando el ya necesario desprendimiento de ella, después de que se han realizado las vivencias y experiencias buscadas, no se puede llevar a cabo. Entonces, el ser humano comienza a estar entregado de tal modo a su idea, que ésta se convierte en "idea fija". Cuando sucumbimos a obsesiones, nos movemos en el campo de lo patológico. Heinrich von Kleist ilustra en su novela "Michael Kohlhaas" la patología de un hombre que acaba arruinando toda su biografía, a causa de su obsesión por la justicia. Existe peligro, por tanto, cuando una identificación se convierte en obsesión, sólo nos hallamos fuera de peligro, cuando somos lo suficientemente fuertes para disolver de nuevo esa identificación.

Una fuerza que puede hacer que el ser humano se desprenda de su identificación, cuando el yo es todavía débil, es el miedo. En ello se basan los principios de dominación de los estados totalitarios modernos. Pero el miedo no hace sólo que el hombre se desprenda de algo, sino que, con toda probabilidad, lo lleva a identificarse completamente con otros valores "prescritos". También esto jugó un papel en la Iglesia medieval. Con el miedo a "las penas del infierno", los dogmas promulgados se convirtieron en contenido de una identificación sin reservas para todos aquellos que hallaban así en el seno de la Iglesia la fé "verdadera". Pero hoy día no cabe considerar el miedo como fuerza de desprendimiento. Como máximo podría jugar aún un papel limitado en la educación de los niños, allí donde tenga también una justificación el castigo. Pues el educador debe procurar sobre todo, para una cierta edad también como autoridad, que el niño se identifique verdaderamente con aquello que reconoce como correcto. El adulto, o mejor dicho, el hombre interiormente mayor de edad, ya no puede ser dirigido desde fuera, ni tampoco por el miedo.

Pero hay otra fuerza interior que desprende al hombre de una identificación. Vamos a ilustrar su actuación en el ejemplo de la ira. ¡Imaginémonos pues un hombre realmente airado! "Es" irritación hasta en su expresión corporal; su presencia es consciente de sí; no cabe en él la contradicción, pues lo que lanza contra los otros son verdades saludables, que debían haberse dicho hace tiempo. Emanan de él una irradiación fuerte, casi dominadora. En un estado de ira puede de pronto el tímido expresarse seguro de sí mismo, el dubitativo se vuelve decidido, el miedoso encuentra el coraje para la verdad. De la identificación con la ira surge una fuerte y efectiva vivencia del yo. ¿Cómo nos

desprendemos de nuevo de la ira? En tanto que el desprendimiento sea un proceso consciente, comienza con la retrospectiva. Contemplamos interiormente lo sucedido una vez más. En la contemplación comienza entonces para nosotros una especie de diálogo, que llevamos a cabo con nosotros mismos, preguntando y respondiendo. Nos cuestionamos nuestro comportamiento y primeramente lo justificamos, lo cuestionamos de nuevo y lo volvemos a justificar. Finalmente llega la claridad. Comenzamos a comprender lo pasado; vemos lo justo de nuestro comportamiento, pero también dónde hemos ido demasiado lejos con la ira. Nos hemos desprendido de nuestra identificación con la ira, al llegar desde la contemplación a la comprensión. Pero aún hay una tercera cosa: la comprensión que produce la contemplación de nuestros actos, no es de naturaleza abstracta. Tiene carácter volitivo. La comprensión de nuestras acciones es al mismo tiempo la decisión de mejorar lo imperfecto. Quizás hemos dicho algo correcto estando airados, pero al mismo tiempo hemos ofendido innecesariamente a otro ser humano, si ésto lo comprendemos realmente, tomamos también la decisión de reparar esta ofensa, quizá no inmediatamente, quizá queramos esperar el momento apropiado, pero la decisión subsiste. Esta fuerza interna en el ser humano que tiene el poder de desprenderlo de nuevo de una identificación, llevándolo en tres etapas desde la contemplación, pasando por la comprensión, a la nueva decisión, es la conciencia moral. Primeramente, la conciencia moral desprende al hombre y lo lleva a sí mismo. Pero cuando le permite llegar al conocimiento de que no era eso lo que quería, le hace al mismo tiempo la pregunta: ¿qué es entonces lo que realmente quieres? Y con esta pregunta lo hace entrar otra vez en una nueva identificación. Así se comprende cómo es que